

PEDRO SHIMOSE
POEMAS



PLAYOR

PRÓLOGO

Los ocho poemarios que integran este volumen son el fruto de muchos años dedicados al ejercicio de la poesía. El tiempo ha dado a la palabra del poeta inflexiones cambiantes, y el lector —me atrevo a anticipar— escuchará en estas páginas al menos dos voces: la de quien cree que sus versos “correrán de boca en boca”, y que “la palabra crea, canta, augura” (*Poemas para un pueblo*, 1968), y la de alguien desencantado de su oficio, que “fue ser nadie junto a las palabras” (*Caducidad del fuego*, 1975). Ajena a esta simplificación, la práctica poética de Pedro Shimose se enriquece de complejidades desde el momento inicial de *Triludio en el exilio* (1961), cuando el joven escritor buscaba, con ayuda de las lecturas que le deparó el azar, la expresión adecuada para sus sentimientos religiosos, para su indignación frente a la injusticia, y para su vivencia del trópico. Entonces trató de acercarse a los secretos de la naturaleza y se identificó con las fuerzas telúricas para conjurar la angustia. Luego —*Sardonia* (1967) fue el resultado de la primera experiencia europea, el descubrimiento del hombre alienado por la sociedad de consumo— el impacto del mundo moderno acentuó en el poeta la sensación de haber sido desterrado del paraíso, y lo llevó a convertirse en voz y conciencia de una humanidad al borde del apocalipsis, pero redimible aún por medio de la palabra.

Esa poesía de preocupaciones religiosas y existenciales estaba destinada a durar. En ella se manifestaban intenciones que suponían un compromiso con la historia contemporánea, o lo preparaban. En cuanto tuvo oportunidad —los años sesenta se la proporcionaron con esplendi-

dez: fue la época del compromiso revolucionario, fomentado por el triunfo de Fidel Castro en Cuba, por la guerrilla boliviana del Che Guevara, por los sufrimientos de las clases oprimidas de Bolivia, aliviados al final de aquella década por esperanzas pronto traicionadas—, Shimose enriqueció las pretensiones de armonía cósmica con otras más tangibles de solidaridad humana y de justicia, y asignó a la palabra poética la misión de recrear verbalmente la patria, y de contribuir a que Latinoamérica se liberase de la dominación imperialista. Los *Poemas para un pueblo* (1968) cantaron, entonces, la grandeza secreta y sagrada de la tierra y de las gentes, y contaron las humillaciones infligidas por los responsables de la historia. Algún tiempo después, *Quiero escribir, pero me sale espuma* (1972) señalaría la culminación de esas inquietudes y, de algún modo, su fin. Las circunstancias que determinaron ese libro estuvieron dominadas por el golpe de estado que reinstauró el “orden” en Bolivia, en 1971, terminando con el proceso político que vivía el país. Fruto de una etapa histórica difícil, es un poemario complejo: solidaria con los desheredados, la voz del poeta muestra su decisión de continuar luchando —de esa actitud derivan los poemas más “vitalistas”—, pero se quiebra a menudo, rota por la desesperanza; el lenguaje fragmentado, violento, habla de la degradación y de la opresión que denuncia, de la patria vencida y humillada, pero habla sobre todo del autor, de su rabia impotente, del dolor del exilio de quien escribe versos porque no le fue dado otro poder sobre la tierra.

Productos del desencanto son tal vez los últimos poemarios —excluyo *Al pie de la letra* (1976), que reúne textos de distintas fechas—, desde *Caducidad del fuego* (1975): el poeta comprometido de antaño interioriza la voz, la convierte en la meditación de un solitario que ya no habla a un auditorio público sino a un lector individualizado. Sin duda esa renuncia no es total, y las preocupaciones éticas o sociales permanecen, pero varía el lenguaje: el poema se despersonaliza; se vuelve, con frecuencia, intertextual; evita la efusión sentimental y los excesos retóricos o expresivos en favor de la reflexión escéptica sobre la poesía y su capacidad para crear la realidad o modificarla, incluso para procurar la redención al poeta. El escepticismo deriva quizá de la impotencia y de la experiencia del exilio: impedido de ser todos, el escritor se refugia en ese yo inseguro y abocado al silencio que culmina en *Reflexiones maquiavélicas* (1980). Por otra parte, la experiencia del desarraigo se convierte en definitiva cuando el paraíso abandonado ha dejado de existir, imposibilitando el retorno: fruto del reencuentro con Bolivia en 1984, *Bolero de caballería* (1985) muestra el tiempo transcurrido desde que Shimose procediera en *Poemas para un pueblo* a predicar la solidaridad y a fundar la patria o a transformarla, cuando aún no había sido trabajado por la desesperanza. Ahora no hay lugar para la exaltación nativista de antaño: la patria es una experiencia íntima de extrañamiento ante una tierra natal que distancian los años de ausencia, y un dolor antiguo y profundo que llega desde los tiempos prehispánicos, ligado

a la muerte y al silencio, renovado en quienes ahora sufren sin estridencias heroicas.

La evolución de las preocupaciones de Shimose es la evolución de su lenguaje. Sin duda le fueron útiles por algún tiempo las fracturas y oscuridades de la vanguardia, aptas para la elaboración de una expresión oracular que le permitió reírse sardónicamente de la locura y el absurdo de la civilización contemporánea, y salir en defensa del espíritu en la era deshumanizada de la cibernética. Ese lenguaje, variado y rico en matices, era el que convenía al vate, al romántico defensor de la libertad y de la justicia, al portavoz de la angustia cósmica y de la leve esperanza. En los últimos años, por el contrario, es distinta la misión que se asigna al poeta y distinto el lenguaje requerido: la solidaridad con el hombre y con la naturaleza se manifiesta en los límites del silencio, de la humillación y de la nada compartidos. La expresión amarga de la soledad y del desamparo no necesita de grandilocuencias, ni las requiere el rescate de la esperanza por medio del amor y los pequeños placeres de la vida, entre los que se cuenta el ejercicio gratuito de la poesía; les va mejor el humor y el escepticismo, la conciencia crítica e irónica de la madurez, que es carencia de pretensiones, actitud minimizadora y burlesca ante las grandes revelaciones. El poeta sabe del alcance escaso de la poesía, y también de la mediocridad humana; pretende sólo vivir, porque ha accedido tal vez a esa sabiduría que redime del tiempo destructor.

Estas reflexiones no agotan la complejidad de la poesía de Pedro Shimose. Pretenden apenas perfilar un esbozo crítico. Desde su azarosa iniciación en Bolivia, Shimose ha transitado muchos caminos frecuentados por los grandes poetas de América, que encuentran en su obra ecos frecuentes. Lo fácil es señalar esas presencias; lo difícil —y ese mérito también le pertenece— es haberlas sabido aprovechar para construir una voz personal que nos habla de él, de su tierra y también —al proyectar su agonía sobre la historia reciente— de un tiempo que es el nuestro. Porque hablan del amor y de la soledad, de la vida y de la muerte, de la libertad y de la opresión, del deseo de persistencia y de otros temas eternos de la poesía, es lógico suponer que el lector encontrará en estos versos la expresión de sus propios sentimientos, de sus inquietudes más íntimas. Porque son testimonio de los avatares políticos de una época, no es aventurado asegurar que una generación puede rememorar con ellos un pasado aún cercano. De esperanzas renovadoras primero; de escepticismo, después.

TEODOSIO FERNANDEZ